



Resquicio genésico

Diego Aguilar-Sandí

I

—No sé.

Si alguien podía saber, era ella.

Sus capacidades eran indiscutibles, sus respuestas brotaban chispeantes a cada momento. Era natural que un odioso lapsus opacara momentáneamente su brillante quehacer y que se despejara justo en el momento en que todo necesitara ser aclarado.

El estado global apremiaba, pero Aquilina siempre pugnó por mantener incólume su autonomía, condición necesaria para efectuar su labor de forma espléndida. Así que solo quedaba archivar y esperar futuros adelantos.

La muestra se condujo con afabilidad a la bóveda y quedó depositada junto al inmenso cúmulo de ejemplares conocidos, elementos que ponían de manifiesto los alcances certeros de la mente antigua y presente.

Un poderoso sistema automatizado de clasificación, supeditado al conocimiento de Aquilina, le asignó un código rutilante y se cerró el día.

II

Si una voz podía despejar las incógnitas, era la voz de Aquilina. ¿Acaso no habíamos asignado ya nombres a todo? ¿Acaso no habíamos superado los tiempos de las formas difusas?

La opción de que un organismo, o parte de él, apareciera y no pudiera ser nombrado había sido descartada rotundamente. Años que se hicieron siglos lo demostraban.

Se llamó a los expertos auxiliares. De seguro algún archivo quedaba aún sin cargar en el servidor central, aparato siempre urgido de asistencias.

Bien pudiera ser que la información faltante no se hubiera confeccionado todavía. Algo insólito, pero plausible. De ser así, debía recurrirse al repositorio de facsímiles cuasinfinitos, imágenes de las páginas de todos los libros escritos.

El caso despertó mucho interés en la comunidad expectante. ¿Cómo podía ser posible que no supiéramos la identidad de esa muestra, si ya todo estaba descrito e incorporado en el *Magnus Index Omnium Rerum Naturalium* del que la humanidad entera era autora?



Ese nombre nos daría acceso a toda la información disponible sobre ese organismo. Fundamento riquísimo para elaborar inusitadas fórmulas prospectivas, principio y fin de todos nuestros anhelos presentes.

El asunto se reducía a una eventual demora, situación que, en los tiempos de lo instantáneo, resultaba realmente incómoda y hasta penosa.

III

Los días avanzaron. Aquilina no parecía preocupada. Lo cierto era que aquella muestra, ahora famosa, representaba una fracción infinitamente minúscula en la bóveda de lo conocido.

Bastante trabajo había con el material que seguía llegando y al que Aquilina, recurriendo a sus artes inigualables, asignaba nombres: llaves que cierran ramales oscuros.

Pasaron más días. Se verificó que absolutamente todos los archivos estuvieran alojados en el servidor. La incógnita se trajo de nuevo ante Aquilina y ella alzó la voz y reafirmó su desconocimiento.

En este punto, la misma Aquilina concluyó que se trataba, pese a la negativa general, de una entidad nueva, verdaderamente ignota y tan real como todo lo demás existente, pero ¿cómo podía ser posible?

—Cambio y olvido, fue su respuesta.

Con esa retumbante afirmación, que salpicaba de espanto el ardor del reciente descubrimiento, se abrió una nueva era que dejó atrás la última; aquella que selló el asombro y amó lo completo.